

de espino que vigilados por el ejército y la policía no se distinguen en nada de los campos de concentración. En esta táctica les queman las casas y los sembrados, y matan a los que se resisten. Con la táctica de tierra quemada se quiere privar a los guerrilleros de alimentos, de agua y refugio, y también del contacto con la población.

Son muchos los campesinos que prefieren huir al extranjero a vivir tras de las alambradas, y con tanta más razón cuanto que temen por sus vidas y las de sus familiares.

En total, desde el día que estrangularon a la democracia guatemalteca, abandonó el país más de un millón de personas, o casi 15% de toda la población, y entre los que se marcharon, una buena parte son intelectuales, cuyo derecho a la libre expresión del pensamiento hace tiempo que fue pisoteado definitivamente.

En treinta años de gobierno militar, policial y despótico el país fue arrojado en lo político y social a muchísimas décadas atrás. No quedó mejor la cosa tampoco en la economía. Guatemala sigue siendo un país agrario subdesarrollado, y atado a un machamartillo al mercado yanqui. La oligarquía terrateniente y el gorilismo militar que detentaron el poder en 1954 tienen al país como feudo propio. La preferencia en el desarrollo a lo largo de estos años se la dieron a los cultivos del algodón, del café y el azúcar, las plantaciones latifundistas que destinan su producción fundamentalmente al mercado de Estados Unidos. La barata mano de obra les produce sustanciosas ganancias a los finqueros, que colocan su capital en bancos extranjeros, desangrando año tras año a la nación. La deuda exterior de Guatemala es de aproximadamente 3,000 millones de dólares, y para pagarla no se ve otro remedio que el hipotecar la riqueza nacional, como los prometedores campos petrolíferos que hace tiempo ambicionan los monopolios norteamericanos.

El paro alcanza una cifra estremecedora: 70 por ciento de la población activa. Multitudes de personas hambrientas llenan las ciudades en busca de cualquier trabajo, pero trabajo no hay y nadie lo promete, porque los jugos de la economía nacional los beben la parasitaria élite gobernante.

Informes del Consejo Nacional de Planificación Económica referidos a los años 1980-81, dicen que el 63.4% de todas las familias guatemaltecas pueden incluirse en la categoría de pobres. Treinta y uno por ciento perciben ingresos que no bastan para cubrir las mínimas necesidades de subsistencias. De cada cien niños 73 no comen nunca lo suficiente. De cada mil recién nacidos más de 60 mueren. Dos tercios de toda la población son analfabetos.

No podemos no estar de acuerdo con el francés *Le Monde Diplomatique*, cuando, en un número de abril de 1983 escribe: "Después de treinta años de imperio del terror en Guatemala está claro que las consecuencias económicas y sociales de la "Operación Success" son una verdadera catástrofe".

En cambio, para los negociantes norteamericanos en el aspecto económico Guatemala sí es hoy un verdadero paraíso. En 1972 el Bank of America, el mayor de Estados Unidos, inició operaciones en Guatemala con una inversión de 10 millones de dólares. Hoy, al cabo de poco más de diez años, su capital aumentó 16 veces, y es, este banco, el mayor inversionista en la economía guatemalteca. Las puertas del país están abiertas para los productos industriales de Estados Unidos, importaciones que no dejan a la industria nacional levantar cabeza.

El presidente Ronald Reagan reanudó la ayuda militar a Guatemala. El día 7 de enero de 1983 Washington levantó el embargo que había sido impuesto a la entrega de piezas de recambio y otro material

militar por valor de más de seis millones de dólares. El presidente norteamericano está recabando una ayuda de 10 millones de dólares para el régimen militar actual. Sin duda alguna las simpatías del inquilino de la Casa Blanca están del lado de los verdugos del pueblo guatemalteco.

OBSEQUIA LA...

(Viene de la página 57) Cortés no es de tez blanca, de que su pelo y barbas no son doradas, ni sus ojos azules; a pesar de su corta estatura, el jefe de los hombres blancos ha despertado en ella una secreta e incontenible pasión. Admira desde lo más hondo del alma el genio y el valor de quien sin fijarse en ella la obsequió como pieza de jade, como merecida diversión al apuesto y noble señor Hernández Puertocarrero.

Decididamente, Malinali, Marina, está enamorada del bravo capitán que cegó con el resplandor de su espada al arrogante y vanidoso señor de Tabasco.

Durante el viaje de Tabasco a Chalchicoeca (Veracruz), tampoco faltó a Cortés la oportunidad de darse cuenta de la belleza de la esclava: que sus soldados ya conocen por Malinche o Doña Marina. Malinche porque así les suena al oído Malinalintzin, su nombre indígena; Doña Marina, porque así la bautizó el padre De la Merced y por el respeto y admiración que ha sabido granjearse entre los aventureros.

Pesa a Cortés haberla cedido a su capitán y amigo predilecto. Recuerda con cierto rencor las noches de luna en las cálidas aguas cuando se festejaron a bordo de la nao capitana las victorias y las magníficas cosechas de oro, salpicadas con besos, caricias y ternuras de las seductoras esclavas. Noches inolvidables en las que los más destacados capitanes, reunidos con Cortés, jugaron a los naipes, bebieron el buen vino de Castilla y gozaron del deleite que ofrecían a los teules aquellas mujeres semidesnudas, "lujuriosas y sabias en el amor", que eran constante invitación al pecado.

Cortés se arrepiente una y mil veces de no haberse quedado con Malinali. Y esto va enteramente de acuerdo con el pensamiento de la subyugante painalesa. Ella confía en que si la suerte le ayudó a deshacerse del señor de Tabasco, también le ofrecerá la oportunidad de dar la espalda al bello sobrino del Conde de Medellín.

Por lo demás, la reconocida audacia de Cortés, que todo lo adivina y resuelve, ya encontrará la forma de arrebatarse a Puertocarrero a la mujer que ha hecho arder su sangre, sentir el amor y despertar en su alma peligrosa pasión.

Así las cosas, Malinali llega a San Juan de Ulúa en plan de gran señora, codiciada por todos los hispanos y atendida como una reina tanto por los sirvientes aborígenes como por los esclavos africanos que arriban por primera vez a tierras mexicanas en las naves comandadas por el expedicionario extremeño.

* * *

Cuando la flota capitaneada por Hernán Cortés llega a Chalchicoeca (Veracruz) y se da cuenta de que el faraute Jerónimo de Aguilar no entiende el idioma de los habitantes de aquel lugar, desespera. Pero al mismo tiempo nota que Malinali, la bella e inteligente india que había cedido a su amigo Alonso Hernández Puertocarrero sonríe maliciosamente.

—¿Por qué te ríes?, le pregunta Jerónimo en maya a Malinali.

—Porque yo sí hablo y entiendo el náhuatl.

—¿Qué dice la muchacha?, pregunta Cortés a Jerónimo.

—Dice que ella sí entiende el náhuatl. Eso fue suficiente para que Cortés abrazara a Malinali y escuchara atentamente lo que informaba a Jerónimo en

maya y éste traducía al castellano.

—Dice Marina que hemos llegado a la costa del gran imperio del poderoso señor Moctezuma, quien tiene todas sus riquezas y sus palacios en una ciudad que se llama la Gran Tenochtitlan...

En aquel preciso momento terminó el romance de Puertocarrero con Marina que automáticamente pasó a los brazos de Cortés convirtiéndose en su amante y mejor guía y consejera.

(Continuará)

NIKITO...

(Viene de la página 31) porquerías de diverso orden y decidí renunciar.

—Se le critica a Nikito el uso de cierto lenguaje.

—Bueno, mire. Hay un argumento antiquísimo en manos de mis censores. No me pueden tachar de imbécil, de inculto, de inmoral en sentido económico. No pueden decir que estoy alquilado por el gobierno, por determinadas instituciones. Dicen que soy un amargado, que soy un cascarrabias, y se acabó. Pero cuando yo estoy amargado realmente, deprimido, de malhumor, cuando estallo, entonces no puedo escribir simplemente. Tengo que hacerlo en mis cinco sentidos, con la mayor frialdad interior, y sin ninguna influencia que se relacione con la neurastenia. Esto es forzoso porque mis columnas son siempre de un mismo tamaño. En el caso de las "Perlas" tengo que entregar dos cuartillas medidas al centavo.

—Los aforismos no tienen medida.

—A menudo salen fácilmente uno tras otro, y luego los distribuyo en la columna. Pero en otras ocasiones tengo que dar vueltas y vueltas antes de lograr uno solo. En ocasiones tengo un aforismo en tres renglones y el espacio sólo admite uno. Forzosamente tengo que hacer otro distinto que mida una línea, y los uso, si no, se aviejan, que puede ocurrir. Algunos lectores creen que esos pedacitos en negritas son las perlas japonesas. En realidad es lo demás, donde entrevero pensamientos que nada se relacionan generalmente con el resto de la columna.

—¿Entonces las perlas no son sólo gzapos?

—No son exclusivamente. Hay de todo. Ni son correcciones lingüísticas solamente. La columna resultaría pesadísima. Desde un principio se hizo con perlas, con señalamientos de galimatías en boca de políticos, con inclusión de letreros chistosos o de letreros pocos, imbéciles; letreros camioneros, letreros de pulquerías, anécdotas, mucha crítica de diverso tipo.

—¿Le agradecen las correcciones que hace usted?

—Sí, cómo no. Sí, sí, sí. No hace mucho, el maestro Herrera de la Fuente (músico) me envió una carta muy digna y a la vez muy humilde, agradeciéndome una ligera corrección de algo que él hizo y que se publicó en mi columna. Muchos otros reaccionan a la inversa. Es natural. La vanidad humana no admite ningún modo de reconocer un disparate.

—¿Quiénes cometen más disparates?

—De los políticos sólo puede esperarse barbaridades. El líder del PRI en el D.F. abre la boca y se dedica a soltar plastas de nácar. El político mexicano no sólo dice, por su profesión, mentira tras mentira, sino pendejadas sobre pendejadas. El político de derecha es más cauto y en general más culto. El de izquierda quizá sea más brillante en sus manifestaciones, pero también comete errores.

—¿Cómo se considera usted?

—Yo soy de izquierda, desde luego. Un poco anarquista, y no pertenezco, ni nunca he pertenecido, a ninguna facción política o sociedad secreta. Cuando se me deteriore el cerebro con el paso de los años, quizá.

—¿Lo han invitado?

—Sí, me ofrecieron ingresar al antiguo Partido Comunista. Los del PSUM no se han ocupado ya. Dije que no quería enroñarme en ningún partido.

—¿Y trabajos?

—Por supuesto. Desde hace mucho. Comencé a hacer críticas a los espantosos textos escolares de primaria. Descubrí que estaban repletos de fallas, de errores, de estupideces de la peor especie. Aparte de estar escritos en un español horrendo. Comencé a bombardearlos, hasta llamar la atención del Secretario de Educación Pública. Ordenó retirarlos. Esto era antes de que hubiera los textos gratuitos. Por interpósita persona se me mandó llamar para que me callara a cuenta de un sabroso embute. Los mandé por un tubo. Fueron a ver al director del periódico, lo ablandaron, y éste me prohibió terminantemente volver a publicar una perla sobre un libro de texto. Aguanté la varota. También secretarios de Estado a los que he dado su calentadita tratan de conquistarme y ya sabe usted en qué forma... Quizá mi técnica sea una pendejada, pero así es mi onda... No pretendo hacer prosélitos ni admito que se me considere un héroe ni mucho menos. Procedo así porque se me da la gana.

—Pero entonces ¿si es usted un cascarrabias?

—Puedo serlo. En mis artículos insisto, tengo que escribirlos con una tranquilidad completa. Además varios de los aspectos supuestamente coléricos son en realidad manifestaciones de humor negro. Yo soy feliz haciendo eso, y no tanto por joder, sino que es un pretexto para armar algo de bórca, levantar alguna ámpula. Por supuesto que, cuando se me demuestra que he metido las patas, que he cometido una injusticia yo lo reconozco, y si es necesario pido perdón a la persona ofendida.

—¿Y si le descubren una perla?

—Rectifico. Eso, desde siempre. Nunca me he negado a rectificar un disparate cometido por mí. El "Chato" Camarena decía que yo cultivaba algunas perlas para luego pescármelas en "Perlas Japonesas" y tener material para mi columna.

—A escribir nunca se termina de aprender.

—Por supuesto. A un lado de mi máquina tengo, aunque en ediciones pequeñas, una serie de diccionarios, de términos técnicos, inglés-español, español-francés, mitológico. Aparte cuento con el gran diccionario Webster's.

—¿Qué diccionario recomendaría a los lectores?

—En español no hay. Es difícil recomendar uno. Por imitación del Webster's se empezó a tirar dinero en El Colegio de México en la armazón de un diccionario de la lengua de México. Terminó en un fracaso repugnante. Ese diccionario, que ya tiene ocho años y pico tiene definiciones fusiladas del diccionario de la madre Academia. Una pésima armazón. Por ejemplo, la parte sobre pueblos indígenas es muy grande y otro sobre ciencias es mezquina. Adolece de muchas fallas. Han sido millones de pesos tirados al muladar. Han tratado de hacer de él un diccionario escolar, lo que sería catastrófico. Aparte es mocho, el cabrón. Es cosa de horrorizarse. En principio alabé la idea. Resultó un fiasco total. Al profesor Fernando Lara de El Colegio de México, encargado del diccionario, deberían colgarlo de las patas en una salina de las Islas Marias.

* * *

Los libros de Raúl Prieto son: *Hueso y Carne* (1956), cuentos; *Diccionario, Primera Crítica de la Real Academia Española* (1958); *La lotería* (1960), aforismos; *Madre Academia*, Segunda Crítica (1977); *Perlas Japonesas* (1979); *Pemex muere* (1981) ensayo; *Yoni Bich* (1983), cuentos; *Gracias, San Martín de Porres* (1984), cuentos, y *Nueva Lotería* (1984).